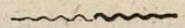


181

A LA BUENA MEMORIA
DE DON JOSE NICOLAS DEL LLANO

En el templo de la ciencia
La luz de la verdad
Y en la cumbre de la gloria
Alzando el vuelo al firmamento
Luce el nombre de tu nombre
Que tanto consagrado es
En el libro de la vida
Y en el libro de la gloria
Y en el libro de la eternidad
Que tanto consagrado es
En el libro de la vida
Y en el libro de la gloria
Y en el libro de la eternidad

PARTE TERCERA.



POESIAS SAGRADAS.

EL ALMA Y LA RELIGION.

El Alma de los cielos descendida,
Inspiracion de Dios pura y sagrada,
Yace á un cuerpo de barro encadenada,
Sujeta á las miserias de la vida.

La santa Religion, compadecida
La viene á consolar, de luz bañada,
De escelsas esperanzas animada,
Y en fervorosas llamas encendida.

Cuando la muerte su prision quebranta,
Y ella la tierra tímida abandona,
En sus brazos al cielo la levanta:

Allí los himnos de la paz entona,
Premia sus triunfos, sus victorias canta,
Y de inmortal diadema la corona.

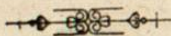
LA TEMPESTAD.

Sobre el empíreo nítido y sereno
Sienta Jehováh sus tiendas: la sagrada
Turba de los espíritus alada
Le cerca, y tiembla del abismo el seno.

Las tinieblas condensa: el orbe lleno
De terror, ve la llama desatada,
Y á la voz del Eterno dilatada
Ruge la tempestad, y estalla el trueno.

El sonido retumba con espanto,
Los montes arden, túrbanse los rios,
Muge el mar oprimido de quebranto:

Entónces levanté los ojos míos
Al cielo, y dije con temblor y llanto:
¿Cómo te desconocen los impíos?



JERUSALEN.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Del.
Salmo LXXXVI,—3.

I.

MORADA del poder y los honores,
Corte de Dios un día,
Objeto de consuelos y terrores,
Prestigio de mi humilde fantasía:

¡Qué de veces, Salen, tus sumas glorias
A mi mente se ofrecen,
Y mezcladas con lúgubres memorias
Entre profundas sombras resplandecen!

Eres claro padron, que levantado
Puso el dedo divino,
Para marcar al hombre esclavizado
La libertad que el cielo le previno.

Eres tú, monumento sempiterno,
Eres viva enseñanza
Del amor y bondades del Eterno,
Y también de su enojo y su venganza.

¡Quién me diera gozarte y ver al vivo
En tus altas señales,
Las pisadas del tiempo fugitivo,
Y de Dios los designios eternos!

¡Oh! si los sacros muros visitara,
 Cual pobre peregrino,
 En donde tú, Señor, la lumbre clara
 Mostraste ya de tu poder divino!

Donde vaticinaron tus profetas
 De tu Hijo la venida,
 Y verdades sublimes y secretas
 Mostraron á la tierra oscurecida:

Donde se presentara este Hijo amado,
 Humilde y oprimido,
 De los sabios y grandes despreciado,
 Desecho de los hombres y abatido:

En donde derramó propicio y grato
 Las luces y el consuelo,
 Abriendo con su sangre al hombre ingrato
 Los supremos alcázares del cielo.

II.

Pues que una suerte contraria
 En esta tierra me liga,
 Encadenando enemiga
 Los impulsos de mi amor:
 Hágate el afecto acaso
 Tocar lo que yo no veo,
 Y en las alas del deseo
 Alza el vuelo, corazón.

Junto á la rota muralla,
 Que á Jerusalem circunda,
 En la soledad profunda
 El Eterno te hablará:
 Allí escuchará benigno
 Tus oraciones sencillas:
 Prodigios y maravillas
 A tus ojos mostrará.

No hay para el amor distancia,
 Ni tampoco inconveniente:
 Lo pasado y lo presente
 Sabe en un punto juntar.
 Paréceme que salvando
 Selvas y montañas densas,
 Las soledades estensas,
 Y la inmensidad del mar,

Se presentan á mis ojos
 El monte de las Olivas,
 Los estanques de aguas vivas,
 El torrente de Cedron;
 Los sepulcros de los reyes,
 Los escombros del santuario
 El santo monte Calvario,
 Y la colina de Sion.

¡Salve! suelo sacrosanto,
 Del hombre infeliz abrigo,
 De su redencion testigo,
 Sagrario de santidad,
 Asilo del inocente,
 Del desgraciado patrono,
 De revelaciones trono,
 Y templo de la verdad.

¡Qué hermosas son en tus montes
 Las plantas del que bendice
 A los pueblos, y predice
 Al cautivo libertad!
 ¡Del que anuncia á las naciones,
 Que ningun opreso gima,
 Porque el Señor se aprocsima
 Y en el mundo reinará!

III.

Felices los que oyeron
 ¡Oh Señor! de tu boca santa y pura
 Las palabras, y vieron
 Tu modesta hermosura,
 Gozando tu piedad y tu ternura.

Aquí les enseñabas:
 Allí de tu poder muestras hacías:
 Los enfermos sanabas:
 La muerte destruías:
 En todo, como Dios, resplandecías.

Brindabas á los niños
 Tu amor: al infelice tus desvelos:
 Al pobre tus cariños:
 Al triste tus consuelos:
 A todos con la herencia de los cielos.

Y porque tú alumbraste
 Del hombre las tinieblas y ceguera,
 Y benigno curaste
 De su culpa primera
 La horrible llaga, inveterada y fiera:

Yaces ¡ay! enclavado
 A una cruz, sobre el Gólgota pendiente:
 Del pecho lastimado
 Lanzando tristemente
 Suspiro profundísimo y doliente.

Como trozado lirio,
 Que sufre del Agosto los rigores,
 Yaces con el martirio:
 Cargaste mis errores,
 Y eres varon de penas y dolores.

Tus entrañas traspasa
 El dolor, y de tu alma se apodera:
 Ardiente sed te abrasa:
 Tu aliento se acelera:
 Tu corazon se funde como cera.

¡O pueblo descreido,
 Sordo á las voces, y al ejemplo ciego!
 La sangre que has vertido
 Vendrá sobre tí luego:
 Tu crimen vengará con hierro y fuego.

Ya sobre tí fulmina
 Su rayo vengador, airado el cielo.
 La compasion divina,
 Al predecir tu duelo,
 Lágrimas derramó sobre tu suelo.

IV.

Cuando aquesta ciudad delincuente
 Se manchó con la sangre del Justo,
 Un acento incesante, robusto,
 Fatigaba los ecos do quier.
 Con proféticas voces revela
 Los arcanos del tiempo futuro:
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
 “¡Ay de tí, desdichada Salen!”

En el aire, de sangre teñido,
 Escuadrones de ardientes guerreros
 Con clarines, banderas, aceros,
 Discurrir combatiendo se ven.
 Despeñados despues los recibe
 En sus senos el bátrato oscuro:
 “¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
 “¡Ay de tí, desdichada Salen!”

Los Levitas oyeron de noche
Dentro el SANCTA SANCTORUM agosto,
De pavor penetrados y susto,
Pasos de hombres huyendo en tropel;

Y una voz que pronuncia: *Salgamos*
Presto, presto, del sitio inseguro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

El concento del harpa y salterio,
Y los ecos del gozo callaron:
Los ancianos sus voces alzaron,
Los mancebos gimieron tambien:

Vanos son de la vírgen los lloros,
Es del mago impotente el conjuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

De furor el Romano ceñido
A tí viene frenético y ciego:
Le precede la muerte y el fuego,
El espanto le sigue despues:

Y te cerca, y te estrecha, y te intima
Su decreto terrífico y duro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Fuertes lazos te cercan de muerte,
Hambre, espada, dolor te circundan,
Tus recintos de sangre se inundan,
En tí reina mortal palidez:

Estallando tus puertas, dan paso
Al gentil, al profano, al impuro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Alza el soplo de la ira divina
En tu seno una súbita flama,
El incendio voraz se derrama,
Y consume tu vana altivez:

Toda envuelta en torrentes de fuego
Ya no ofreces un punto seguro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

Con el tiro postrero que lanza
Sobre tí la fatal catapulta,
Al Profeta infelice sepulta,
Qué el estrago anunciábate fiel.

Y al morir, este acento repite,
Que en el éter divágase puro:
"¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
"¡Ay de tí, desdichada Salen!"

V.

¿Dónde están de la flébil elegía
Los tristes ecos, el amargo llanto?
¿Do están, que no acompañan la voz mia
En tan duro quebranto?

Cayó Sion de su elevado asiento,
El Señor la apartó de su memoria,
Trocó en pena y suspiros su contento,
En afrenta su gloria.

Cubrió sombra de muerte su hermosura,
Negra mancha su cándido decoro,
Perdió su estima, cual con liga impura
Pierde su precio el oro.

¿Cómo yace desierta y desolada
La que un tiempo humilló pueblos enteros!
¿La señora del mundo esclavizada
Llora sus males fieros!

Su grandeza y beldad están perdidas,
 Sus calles enlutadas y desiertas,
 Sus torres y murallas derruidas,
 Destrozadas sus puertas.

Asentados en tierra sus ancianos
 Sobre ceniza vil, gimen dolientes,
 Sus vírgenes también con lloros vanos
 Humillaron sus frentes.

Mi vista con el llanto se oscurece,
 Al contemplar escenas tan estrañas
 Mi voz entre sollozos enmudece,
 Se rompen mis entrañas.

VI.

¡Cómo yace entregada
 Hoy á letal olvido
 La ciudad, á quien antes
 Miró el cielo benigno!

Finó, Solima bella,
 Tu popular bullicio,
 Y tristeza afrentosa
 Domina en tu recinto.

Cuando tiende la noche
 Su manto denegrado,
 Se cruzan por tus plazás
 Tristísimos suspiros.

Cayó Salen, prorumpen
 Los ecos adormidos,
Cayó, también responden
 Los montes convecinos.

No de Gion la fuente
 Vierte raudales limpios,
 Para regar los huertos
 De higueras y de olivos:

Ora sus aguas turbias,
 Con lánguido ruido,
 Se arrastran torpemente
 Entre zarzas y espinos:

En vano con su acero
 Quiso el cruzado altivo
 Reconquistar tu gloria,
 Dándote nuevo brillo.

Sus triunfos se pasaron,
 Cual pasa el torbellino,
 Que en pos tinieblas deja,
 Y truenos y granizo.

Y vino el Agareno
 Cual tigre enfurecido
 Y te cerró en sus garras
 Con hórridos rugidos.

También el Idumeo
 Bajando de sus riscos,
 Dividió por despojos
 A tus inermes hijos.

Llevándose delante,
 Cual mudos corderillos,
 Con despiadada vara,
 Tus vírgenes y niños.

Sin reyes y sin pueblo,
 Templo, ni sacrificio,
 Eres de tus contrarios
 La presa y el ludibrio.

De los nuevos esposos
Las voces de cariño,
Ya no en tu triste espacio
Halagan los oídos.

Todo es pavor y llanto,
Todo es dolor esquivo,
¡Cuán largo es tu tormento!
¡Cuán duro tu castigo!

Cercada de tinieblas,
Hundida en un abismo,
Jamás te mira el cielo
Con ojos compasivos.

¡Pobrecilla! agitada
De un mar embravecido,
No hay quien de tí se duela,
Ni alivie tu martirio.

Cuando pisa tu suelo
El pobre peregrino,
Ultrages y rigores
Participa contigo.

El tirano, que ostenta
En tí su cetro indigno,
La piedad que te muestran
Castiga cual delito.

¡Oh, si pudiera acaso
Darte yo algún alivio!
¡Mas ay, que nada puede
Mi canto dolorido!

VII.

Con lágrimas amargas contemplaba
Aquel funesto estrago, y el suspiro
Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando vuelto de un éxtasis me miro,
Al resplandor de un fósforo distante,
Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante
Allí me trasladó; su diestra fuerte
Me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte
En polvo la creación, y se dilata
El pavoroso reino de la muerte!

Una serie de rocas ciñe y ata
De una parte sus lindes, el Mar Muerto
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al estender la vista en el desierto,
De secos esqueletos descarnados
El infecundo suelo ví cubierto.

Y de cráneos y huesos separados,
De sus primeros troncos divididos,
En confuso desórden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos
Sensación mas intensa de amargura,
Ni á compasión mayor fueron movidos.

Entónces se apagó la llama pura,
Que brillaba serena y esplendente,
Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseido de horror bajé la frente,
Y al suelo la incliné con triste lloro:
Despues volviendo el rostro hacia el Oriente,

Mientras à Dios en mi afliccion imploro,
Miro eserito entre luces en el cielo,
El nombre de JEHOVAH con letras de oro.

“¡Oh tú, frente de vida y de consuelo!
Dije con voz rendida y fervorosa
¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

¿Al seno de la nada tenebrosa
Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras,
Trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante á compasion las penas duras
A que nacen tus hijos condenados:
No les niegues del todo tus dulzuras.”

En esto se agolparon mil nublados,
Y cercaron mis ojos de repente,
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbacion cayó mi mente,
Y en hondos pensamientos sumergida,
Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbre de lo alto procedida
Por la tercera vez brilló á mis ojos,
Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:
Un Arcángel en medio despedia
Resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimia
Al asentar sus plantas, y eclipsaba
Con su luz la diadema que ceñia.

Con paso varonil se adelantaba,
Y el profundo cristal del mar undoso
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetoso,
Vestido de una túnica de lino,
Y en la mano un baston de oro precioso,

Reverente á encontrar al Angel vino,
Y arrodillado en tierra alzó el semblante,
Todo arrobado en éstasis divino.

Mudo permanecia en tal instante:
La barba sobre el pecho le bajaba,
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,
Y en posicion inmóvil su figura
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El Angel descendiendo de la altura
Con una ascua vivísima de fuego
A sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luego,
Y en su seno inspiró con sacro aliento
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento
Alzó otra vez el vuelo presuroso,
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,
Y de santo fervor su seno henchido
Y lleno de entusiasmo glorioso:

Puesto un pié gravemente, revestido
De ecelsa magestad, la voz alzando,
Y el cetro de oro al cielo dirigido;

Del poder recibido firme usando:
 "Volved de nuevo ¡oh muertos! á la vida:
 "En nombre del Eterno yo lo mando."

Dijo, y al punto, una aura, que impelida
 Bajaba de los montes al desierto,
 Por un poder incógnito movida;

El suelo resquebrado, seco, yerto,
 De florecillas frescas y olorosas
 Con su soplo vital dejó cubierto.

Y viéranse en el punto presurosas
 Las reliquias humanas reunirse,
 Renovando su enlace, artificiosas:

Con nervios y cartílagos unirse,
 De carnes, miembros y vigor llenarse,
 De fresca piel en torno revestirse:

Un pueblo entero poderoso alzarse,
 Y entre cantos de Hosanna, con presteza
 En tribus diferentes congregarse.

Colocado el profeta á su cabeza,
 Con poderoso esfuerzo lo regia,
 Lleno de magestad y de grandeza.

El Angel desde lo alto dirigia
 Su marcha, y le indicaba su destino:
 La tierra se aplanaba y abatía:

Los montes no estorbaban el camino:
 Saltaban de contento los collados:
 Brillaba en lo alto el cielo cristalino:

Claras fuentes y lagos sosegados,
 Vergeles, huertos, frescas alamedas
 Hallaba á su descanso preparados,

Y frutos en las verdes arboledas:
 La mano del Eterno le cubria,
 Dando sombra á sus sendas y veredas.

Jerusalen, Jerusalen, decia
 La turba innumerable, y sus acentos
 La bóveda celeste repetía.

Entónces resonaron en los vientos
 Mil himnos de alabanza y de victoria,
 A que unieron alegres sus concentos
 Los espíritus puros de la gloria.

VIII.

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
 De la muerte el poder quebrantó;
 Y conforme á su santa promesa
 Al sepulcro su presa arrancó.

CORO SEGUNDO.

Viva, viva JEHOVAH, que en la guerra
 Los gigantes aterra de Edom:
 A su pueblo visita y halaga,
 Y su llaga incurable sanó.

EL PROFETA.

Este es ¡oh pueblo! el día
 En que el Señor demuestra
 La fuerza de su diestra,
 Su gloria y su poder:
 Aqueste día anunciaron
 Visiones y profetas;
 Sus palabras, completas
 Hoy se llegan á ver.